

Coloquio de Literatura aplicada, Universidad Iberoamericana en Puebla,
24 de abril de 2023

Ponencia presentada por Yunuen Italia Vázquez Vergara, tallerista en DEMAC Puebla

Documentación y Estudios de Mujeres A.C., es, básicamente, un espacio, a veces virtual, a veces tangible, donde mujeres de múltiples edades, condiciones sociales, geografías, se reúnen para compartir textos autobiográficos. No es una academia para aprender redacción, es un círculo a-jerárquico, de personas que escriben, leen y escuchan historias.

Como tallerista, la forma de sumar, a ese evento intelectual, emocional, filosófico que corresponde el escribir sobre sí mismas, es guiar desde el respeto, señalar horizontes por explorar, preguntar con ternura, motivar su toma de decisiones, celebrar sus hallazgos, sostenerlas durante los episodios aflictivos.

Y es que, precisamente, al abundar en estos episodios, es cuando surge una interrogante:

¿Para qué escribir mi historia?... pregunta que antecede al: ¿para qué vivo, para qué viví?. Es entonces cuando la inocuidad de la escritura se pone en duda. Nadie está exenta de esa interrogación... ¿quién es esta que soy?, ¿por qué yo?, ¿por qué yo no?... nadie a salvo de la incertidumbre. En cada vida, hay una pregunta que cautiva, que acecha, que convoca, que reprime, que asusta. Escribir es darle atención, tiempo, espacio, respuesta.

¿Y es que, sólo queremos vivir sin más o entender lo que vivimos?

En palabras de la fundadora de DEMAC, la doctora Amparo Espinosa Rugarcía: “yo escribo para no morir inédita”, claro que la muerte tiene una correlación con la escritura, es una forma de perdurar en el tiempo, de ponerse a salvo en el papel, de aprehender la materialidad que soy - endeble, pasajera- en un soporte menos engañoso, más duradero. Y aunque no somos sempiternas, a veces provoca más miedo mirar hacia nuestra vida que pensar en nuestra muerte.

En consecuencia, el reto es interpretar lo vivido, argüir un significado que destierre al sin-sentido.

Delante en el camino, surge otro cuestionamiento en las mujeres: ¿hay que tener buenas razones para escribir?, ¿y si sólo tengo malas?, ¿qué me da derecho a escribir mi vida?, ¿para qué parir-me, arrullar-me, crecer-me, re-vivir-me a mí y todas las que he sido? ¿Para qué rescatarme del olvido?

Pero, la escritura las seduce, las despierta, las invade, se deciden a habitar lo conocido, lo desconocido, lo incómodo. Dejan de combatir con lo inesperado y albergan la posibilidad, expulsando al recato y la vergüenza, y este abandono no es gratuito, no es solitario, no es periférico, es solidario, es intrínseco, porque comienzan a notar que su historia se hermana con las historias de las demás, se yuxtapone, descubren lo análogo mientras celebran lo diferente.

Afirma, Hélène Cixous, filósofa francesa: "...al escribir interpelo a toda la Historia de las mujeres. Una Historia hecha de millones de historias singulares, pero atravesada por las mismas preguntas, los mismos terrores, las mismas incertidumbres. Las mismas esperanzas por las que hace poco sólo se abrían paso consentimiento, resignación o desesperanza".

Así, una de ellas escribe sobre su primer beso, y las otras sienten el cosquilleo en los labios, otra escribe sobre su divorcio, y las demás conmemoran sus propios duelos, otra describe una aventura temeraria y las demás reconocen ese palpitar en el pecho, otra, por fin, nombra lo innombrable, llora, se rompe, y las otras bajan la mirada protegiendo su intimidad, ciertas de haber experimentado en carne propia el dolor, el abismo. Todas agradecen ponerle rostro, lugar, fecha, nómina... a la vorágine, que se vuelve más asequible, menos pavorosa. Como un ser híbrido de sentires, pensares y experiencias, pero ese híbrido ya no es un monstruo, todo se transforma, a cada momento, ellas no son las mismas de hace años, ni son las mismas de hace un par de minutos antes de leerse en voz alta frente a todas, se vulneran. *-No creí que fuera a*

llorar al leerlo, en casa no me pasó-, dicen. Y se manifiesta en ellas el poder de lo comunitario, de socializar el dolor, el gozo, el amor.

Qué mentira nos han contado, “no hay nada nuevo bajo el sol” dice la crítica literaria; sin embargo, lo que cada una de ellas, de nosotras, tiene para narrar, no ha sido jamás dicho todavía, con su estilo, sus reflexiones, sus descripciones, su particular manera de acomodar una palabra tras otra hasta completar un segmento de vida.

Cuando una mujer escribe, se levanta la veda histórica, cultural, etaria, de clase, de género, para ti, para mí, para todas. Se cancela en una y mil formas la llamada “identidad natural” (que propone Marcela Lagarde) en la mujer como objeto paciente, sin voluntades ni deseos.

A propósito de lo anterior, quiero compartir una anécdota sobre algo que sucedió hace un par de meses y lo que provocó en mí: invité a una doctora en ciencias a participar en el taller de escritura autobiográfica, me respondió que ella era una mujer de números y no de palabras. Ante mi insistencia sostuvo que su vida no era interesante, que seguro otras mujeres con vidas "extraordinarias" aprovecharían mejor la oportunidad. Me quedé pensando en sus palabras varios días y finalmente concluí:

En las matemáticas, no existe un número más grande, siempre se puede añadir uno más, entonces, los números no compiten entre sí, sino que se complementan y se continúan, lo mismo sucede con las historias de las mujeres, no existe 'La mejor historia', o 'La vida más interesante' , o 'El relato mejor narrado' , todo suma, toda vida añade información sobre cómo experimentamos las mujeres el amor, el duelo, la enfermedad, la pérdida, el sexo, la vocación, lo doméstico, lo público, lo político...

Es necesario ponerle números a la realidad para entenderla. De igual manera, las palabras pueden explicar esa maraña de sentires y pensares que habitan en nuestra mente y cuerpo, darle voz a aquella que fui, permitimos que el corazón revele sus dolores y sus amores. Darnos cuenta que cuando escribimos sobre nosotras mismas, necesariamente escribimos sobre las demás, sobre las otras.

Lo femenino es tan diverso, infinito de contar, pero asequible a través de la historia de vida que cada una narramos.

Los procesos de escritura autobiográfica no son uniformes, pero sí que pueden ser objeto de análisis para extraer generalidades en la respuesta y comportamiento de las mujeres escritoras. Es común por ejemplo, que las participantes de los talleres se muestren más cómodas con la expresión oral, platicando sus vivencias, ¿y por qué no habría de ser así?, si la historia oral es precisamente nuestra herencia a la humanidad; no obstante, el proceso cognitivo que implica hablar de mí, a escribir de mí, es, innegablemente diferente. Al anotar, tengo la oportunidad de verter en el papel todo mi pensamiento, re-ordenarlo, corregirlo, profundizarlo. Es una acción fundamentalmente confrontativa, pues las palabras ya no se las lleva el viento, están horadadas en una superficie y es apremiante hacerse cargo de lo escrito.

Otra cuestión en común, que se hace vigente antes de empezar un nuevo escrito, y que a veces me he explicado desde nuestra ancestría (simbólica o material): Eva, es el temor a la desobediencia, a escribir lo que pasó tal como ellas lo vivieron, como lo recuerdan, y que esto, no coincida con otras versiones, que hablar de sí mismas las vuelva insurrectas, malagradecidas, canallas.

Pero más pronto que tarde, se descubre que la memoria es falible, que la imaginación y la ficción son también herramientas para escribir una autobiografía. Ellas están convocadas a elaborar una verdad imprecisa, simultánea de otras verdades, pero suya, su verdad. Y en esa verdad caben recuerdos, fabricaciones, intuiciones, fantasías.

No le deben lealtad sobre lo vivido a nadie, no son el registro civil, en su literatura conviven: lo extraño, lo falaz, lo quimérico, con lo innegable, lo concreto, lo histórico. Y sí, son auténticas.

Considero oportuno incluir, otra trampa: pensar que todas las mujeres que inician la escritura de sus vidas dan conclusión al proceso. Ni todas finalizan los talleres, ni todas escriben su autobiografía de una vez y para siempre. No se pueden agotar las ideas

para escribir una vida: en formato cronológico, a modo de diccionario, como un diario, examinando un segmento de vida determinado, como un álbum con postales de eventos y reflexiones, como una carta abierta a sus congéneres...

En las mujeres se presenta la misma angustia, la angustia en decidir cómo y hasta qué punto escribir, y la angustia de plantarle cara al dolor, como quien contempla la proximidad de la tormenta y se estremece en toda su diminutiva existencia.

Ciertas de lo que está por venir, temen continuar, sin mayor explicación se van, en ocasiones vuelven y un segundo intento les resulta fecundo, otra veces no regresen más. Sé de algunas mujeres que experimentan con diferentes formas creativas de desahogo, sé de otras que pasan la página.

He observado a quienes regresan, reñir y negociar con sus historias, evocarlas con parsimonia, la angustia desiste y emerge una modesta osadía. Para Hegel, "el camino del espíritu es el rodeo", así, esquivar, circundar, desviarse, es su método para recorrer su memoria sin perder el afán.

En momentos complicados, para convidar aliento y sabiduría, tomo prestadas las palabras de Audre Lorde: "Me vi obligada a examinarme a mí misma y a examinar mi vida, con una claridad dura y acuciante que me ha dejado muy afectada y a la vez muy fortalecida".

Lo que experimentas tú ahora es conocido para todas, no es excepcional, no estás sola en tu sentir, te sostenemos. - les digo.

Ahora bien, desde que el enfoque biográfico y las historias de vida comenzaran a tomar relevancia en las ciencias sociales, por los años veinte, es que se ha comprendido su importancia para el estudio de la identidad, definida como una construcción narrativa que se despliega en el discurso. Es primordial atender esto, puesto que ofrece una respuesta, de varias posibles y válidas, a: para qué escribir mi historia; para construirme y reconstruirme en la narración, para explicar cómo he llegado a ser, entender mis vínculos, las formas de relacionarme, mi lugar en la familia, en mi comunidad, en la sociedad. Agradecer, denunciar, reparar, desasir, saldar lo vivido.

Deseo concluir, invitando a todas las mujeres que hoy estamos aquí convocadas, a emprender un ejercicio filosófico, tal vez el más trascendente: virar hacia sí mismas, recordar, indagar, reflexionar y anotar todo en el papel o el ordenador.

Si no tienen idea de cómo empezar, les comparto una pregunta de inicio, que en los talleres siempre detona importantes revelaciones, pues las mujeres dan respuesta desde lo más inmediato, lo urgente, lo necesario, lo que debe decirse ya.

La pregunta es sencilla, pero insuficientemente enunciada: ¿Cómo me siento últimamente?

Gracias.